

Santiago, 21 de Marzo de 1948.

Sr. don
José María Ferrater Mora.
549 West 113 th. Street.
New York, 25, N. Y. USA.

Querido amigo:

Ante todo, deseo anunciarle que soy padre de un tercer hijo hombre, que nació el 7 de Marzo en espléndidas condiciones, pesando 3K. 400g. Marta ha quedado muy bien, pero el médico aún no le permite levantarse. Lo mismo que cuando nació Dieguito, yo esperaba una niña, pero ya me estoy haciendo a la idea de ser padre de varones. Tengo la impresión de que este tercer hijo me va a convertir en un verdadero patriarca. Me parece que, a medida que los hijos aumentan, la relación con ellos se hace menos "personal", menos íntima y que el padre comienza a elevarse poco a poco a la calidad de un símbolo de autoridad, que los hijos consideran con temor reverencial. Naturalmente, la sola presencia del pequeño y frágil Pablito no ha podido producir aún esta metamorfosis en mi vida familiar, y lo dicho no pasa de ser una mera anticipación de lo que presumo será su influencia.

Su carta de 27 del mes pasado me ha dejado muy tranquilo en cuanto a su actual estado de ánimo. Me ha hecho recordar que Ud., en cuanto a antitóxico contra los peligros de un ambiente hostil o indiferente, no sólo posee el del recogimiento, que como Ud. dice tiene una acción limitada, sino, también, otro que neutraliza los gérmenes adversos en sus primeros intentos para perturbar el espíritu; es lo que creo poder llamar su "ironía benévola", ese "mirar de soslayo", como Ud. dice, con que logra situar cada cosa en una posición inofensiva respecto de su propio movimiento, defender la intimidad de su persona, sin herir, y esto es lo difícil, la intimidad del prójimo.

Adquirí su libro sobre la muerte, poco después de su partida, de modo que no es necesario que Ud. me haga enviar un nuevo ejemplar. A pesar de que al leerlo en sus hojas me había preocupado de tomar notas sobre todos los puntos más directamente relacionados con mi propio tema, deseaba tenerlo a mano para cualquier consulta que yo pudiera querer hacer llegado el momento de la redacción definitiva de mi trabajo.

El pensamiento que Ud. me comunica sobre el creciente desvío que sufren sujeto y predicado cuando se asciende en el orden de las existencias de lo material e inanimado hacia lo personal y significativo, me parece que constituye la base de una teoría del conocimiento y que, en vez de inducirle a modificar su libro sobre la muerte, limitado por el tema específico que Ud. se propuso tratar en él, y ya plenamente realizado, debería dar lugar a un nuevo libro sobre el tema del conocimiento mismo.

Se me ocurre que, respecto de la teoría del juicio, la escala ascendente de que Ud. habla se desenvuelve, no entre el polo de lo material e inanimado y el de lo personal, sino entre el de lo abstracto y el de lo concreto. Al aproximarse a este último polo, el "sujeto" y el "predicado" sufrirían un desajuste que vendría a relativizar el sentido mismo del juicio.

Pero lo que Ud. me escribe me sugiere otra reflexión que creo es familiar para Ud. (me parece que está implícita en "Sentido de la Muerte"); es la exacta correspondencia que hay al parecer entre la escala de las existencias que va de lo inanimado a lo personal y la de los objetos de conocimiento que asciende de lo abstracto a lo concreto. Según esto, lo personal sería por cierto siempre concreto, pero además, y esto es algo mas novedoso, se daría la coincidencia de ambas escalas en el polo inferior, o sea, lo inanimado coincidiría con lo abstracto. Esto significa desde luego que lo abstracto es siempre carente de vida, pero además que lo inanimado es abstracto. ¿Por qué esto último? ¿Acaso nuestro distanciamiento, nuestro desinterés hacia aquello que llamamos inanimado, nos impide captarlo en su realidad concreta? Ello es una explicación insatisfactoria por dogmática, ya que está basada en el supuesto de que lo material tiene un "en sí", que por nuestro desinterés no logramos captar, pero al que podemos atribuirle la existencia independientemente de toda experiencia de ella. Al parecer, habría, pues, que inclinarse hacia otra solución: la de considerar lo inanimado, lo material, como mera abstracción, es decir, des-existencializándolo, ya que su existencia misma en cuanto materia, resultaría de la labor conceptualizadora del sujeto pensante. En otras palabras, lo real, cuando se le considera globalmente, como el sujeto opuesto al yo, sería siempre "personal" y "concreto", sería " el Otro", como yo lo llamo, la Unidad con que dialogamos al vivir, pero en la medida en que el yo se propone encontrar relaciones precisas, fundar juicios evidentes, renunciaría a considerarlo como tal, lo disgregaría primero, lo privaría de sentido, y lo captaría bajo la especie de la materia. Tal sería la labor de la ciencia. Más que una materia existente, lo que habría sería, un pensar materializador.

El yo y lo Otro estarían, pues, ^{a sí entender,} frente a frente. Pero lo absolutamente Otro le resulta al yo demasiado aterrorizante para poderlo soportar sin que el miedo lo aniquile. De aquí un impulso a conjurarlo, a domesticarlo, a hacerlo entrar en la órbita de su poder para que sea como una extensión de sí mismo, para que sea más yo y menos Otro. Comenzará, pues, por fraccionarlo, por disgregarlo; buscará luego relaciones, eliminando todo aquello que perturba el perfecto funcionamiento de tal mecanismo relacionador. Luego querrá reconstituir la unidad a base de estos elementos empobrecidos, des-realizados, y ello será la materia. Caerá, entonces, en la tentación de atribuir plena objetividad a su creación y opondrá la materia al espíritu como un polo a otro polo. Pero, en verdad, sólo hay el polo del yo y el del no-yo, que es el Otro, y entre ambos ese no-yo conjurado por el pensamiento, la materia, simple deslinde de lo subjetivo y lo objetivo, del yo y el Otro. (El sentido usual de la voz "materia" como aquello que podemos manipular, moldear y utilizar, confirmaría esta concepción)

Y esto me lleva a hablarle, como le anunciaba en mi carta anterior que lo haría, de una de las nuevas ideas que han venido a perturbar el esquema de mi trabajo que Ud. conoció. Tal vez Ud. me recuerde que el Capítulo II hablaba yo de diversos planos de existencia: el plano fáctico (natural y sobrenatural) el plano eidético y el plano significativo. Sostenía yo que cada uno de estos planos corresponde a una modalidad de existencia, o sea, que en cada uno de ellos, encuentra el yo un modo específico de resistencia a su voluntad, un algo ajeno a sí mismo que "está ahí" y que ha de reconocerse como manifestación de lo Otro. Aludo, respectivamente al hecho (ya natural ya sobrenatural), a la idea y a la significación.

Pues bien, lo que ha venido a perturbar este esquema es la consideración de que la experiencia del yo es de orden temporal. En efecto, mirado desde el yo, el tiempo implica que lo real se ofrece dividido en dos grandes secciones: el futuro y el pasado, separadas por el presente, y que hay un movimiento del futuro hacia el pasado, una sustitución progresiva de lo meramente posible por lo vivido que ya sólo podemos recordar.

Ahora bien, si lo real es una unidad (lo Otro) y si se ofrece al yo como experiencia temporal, quiere decir que ha de manifestarse en cada una de estas secciones: habrá pues, lo real-futuro, lo real-presente y lo real-pasado. Y aquí viene algo que me resultó bastante expresivo: esta división parece corresponder a la que yo había esbozado antes de entrar a considerar el proceso temporal, pues lo real-futuro es la idea, lo real presente es el hecho y lo real-pasado es la significación. El tiempo es, pues, la metamorfosis de lo ideal en lo significativo y el presente fáctico-perceptivo se encuentra cogido entre estos dos órdenes, dividiéndolos pero también conjugándolos. Lo dicho no importa negar la intemporalidad de las ideas ni la de las significaciones. Ellas son intemporales precisamente por pertenecer a uno sólo de estos órdenes. Lo temporal es el paso del futuro al pasado, pero las ideas no pasan, permanecen en el futuro, inmóviles, y las significaciones subsisten siempre en el pasado. De los hechos decimos que son temporales precisamente porque ellos importan el paso de la realidad ideal a la realidad significativa, y en cierto modo la comunicación de la idea con la significación.

Pero, me preguntará Ud. tal vez, ¿por qué identificar la idea con una de las secciones del tiempo? Cuando se afirma la intemporalidad de la idea no se pretende relegarla en el futuro, sino mostrar su validez para todo tiempo. A esto respondo que las ideas son, para mí, las fuentes de donde mana lo presente, lo real considerado en potencia, antes de hacerse presente, y que cuando se dice que una idea era también válida en el pasado no se alude al propio pasado, en cuanto tal pasado, sino al futuro de un presente que ya se incorporó al recuerdo, o sea, que aquello a que se alude es un futuro ya pasado.

Hay una especie de ideas que merecen una consideración especial: son los valores. El valor se me aparece como la idea de lo significativo o si se quiere: es la significación proyectada hacia el orden ideal, la significación prospectiva. Así, hay un doble enlace entre el futuro y el pasado, el enlace del hecho que se me impone, que debo aceptar, que es ajeno a mi yo, y el enlace del valor, que es guía de mi acción.

Ahora bien, si del lado de lo Otro tenemos idea (futuro), hecho (presente) y significación (pasado), del lado del yo tenemos, simétricamente, una división tripartita que corresponde a aquella: es la que distingue concepto, percepción y recuerdo. Por cierto, en cada instante de la vida del yo concurren estos tres elementos formando un complejo del que es difícil desentrañarlos. Ello es casi imposible tratándose de la percepción, pues lo propiamente perceptivo ("percepción pura" de Bergson) se da a tal punto aunado con recuerdos y conceptos que casi se le puede reducir a una línea de demarcación entre ambos, a un mero deslinde de lo ideal y lo significativo, como sugería antes. En cuanto al concepto, hay que observar que el yo lo construye para captar la idea, pero a base de su experiencia, vale decir de sus recuerdos, por lo cual puede afirmarse que la labor de la intelligen-

cia consiste en ~~la~~ alivianar el pasado de su sentido concreto para de este modo afrontar el futuro mediante esquemas conceptuales. El juicio y el concepto cumplen esta función; en el fondo, ambos se me aparecen como la misma cosa: el concepto es un juicio condensado y el juicio un concepto en potencia. Siempre se trata de traducir la idea, o sea, el estilo como lo posible se actualiza. La verdad sería pues en último término la coincidencia de un concepto - o de un sistema conceptual - con una idea, o en el orden meramente formal, la coherencia interna de un sistema conceptual.

Comprendo perfectamente cuan poco maduras están estas consideraciones (especialmente la teoría de la idea) y ello me impide, por ahora, decidirme a consignarlas definitivamente en una publicación. Esperaré, pues, ansiosamente sus correcciones y consejos al respecto, si no le falta tiempo para dárme los. Le ruego que no tema la censura abierta si cree que estos conceptos la merecen, y que me diga con franqueza si piensa que mi libro no ha de ganar gran cosa con la inclusión de ellas.

No resisto, sin embargo, a la tentación de exponerle desde luego, la forma como, de acuerdo con lo expuesto, tiende a modificarse del Capítulo de mi trabajo que tenía dedicado a la existencia de Dios. Mi punto de vista - tal vez Ud. lo recuerde - era identificar a Dios con lo Otro o sea, con lo existente. Dios era, según esto, el que "está ahí", de este modo, la existencia de Dios dejaba de ser problemática y sólo nos correspondía ya preguntarnos por su esencia. Me parecía que así ayudaba yo a resucitar el estado de espíritu de ciertos pueblos primitivos profundamente religiosos, como los hebreos, para quienes Dios era: El que Es, y cuyo mayor problema era el de averiguar su nombre (esencia), para poder pensarlo. Tal vez recordará Ud. también que yo señalaba para el yo dos vías de acceso hacia Dios: la de lo ideal, por la escala ascendente de las ideas que conduce a la Idea Primera, y la de lo significativo, mediante la conexión de las significaciones hasta llegar a la Significación Última. Dios se me aparecía, pues, como la unidad personal de lo ideal y lo significativo.

Ahora bien, de acuerdo con mi actual tendencia a partir de un yo sumido en el tiempo, este esquema se esclarece algo más: el yo tiene abierta ante lo Otro una doble perspectiva - la del futuro-ideal y la del pasado-significativo. Dios-futuro es el Creador, el que contiene todas las amenazas y peligros y fuente de toda esperanza. Su presencia se manifiesta a través de las ideas, o sea, de los modos inexorables como el futuro se actualiza. Para sobreponerse al terror de este Dios, el yo piensa, busca relaciones causales, constantes de repetición, que lo tranquilizan porque conjuran el misterio. La fracción de lo Otro que queda sometida al régimen de la causalidad es la naturaleza; pero lo natural será siempre una pequeña zona del haz de luz que proyecta hacia el yo la presencia de Dios: es sólo aquello que logramos conocer o dominar con nuestra acción. No debemos, pues, representarnos al yo sumido en la Naturaleza y a esta como un régimen normal con escasas derogaciones que, por ser tales, calificamos de "sobrenatural". Por el contrario, debemos admitir que el yo está frente a un Irracional, a una presencia impensable e inefable, y que la inteligencia por mucho que progrese, sólo logrará naturalizar una pequeña sección del misterio, sin alcanzar nunca a su fuente misma.

La otra faz que Dios ofrece al yo que está en el tiempo es la de lo significativo. Dios-pasado es el Dios del Juicio Final, es el Dios de la muerte.)

↳ Cuando el yo consume su propio futuro, cuando cesa para él el proceso creador, es decir, cuando se inicia la agonía, el tiempo invierte su dirección habitual, deja el pasado de ser un mero instrumento para afrontar el futuro; cesa la comprensión que el futuro ejerce sobre el pasado significativo y éste, liberado, se hace él mismo futuro que comienza a actualizarse inexorablemente. Dios nos da entonces su otra faz: el yo vuelve a encontrar la significación de los distintos momentos de su existencia. Todo aquello que el yo no puede aceptar y que procura relegar en el olvido adquiere entonces carácter persecutorio hasta imponérsele, pues el yo está encerrado en lo real, y, a través de la locura evasiva o la frivolidad, puede postergar, más no eludir su presencia. Sólo mediante el arrepentimiento puede el yo modificar ese pasado y elevarse a la plena aceptación de la Unidad Significativa, alcanzando la eternidad intemporal en la bienaventuranza, o sea, la plena unión con Dios. (No creo necesario extenderme más sobre este aspecto de mi trabajo que Ud. conoce de sobra).

Este esquema tiene, sin embargo, un grave escollo que no he logrado por el momento superar. Es el siguiente: si la función del pensamiento conceptual en general es buscar regularidades de repetición, leyes que le permitan conjurar el futuro ¿qué es este pensamiento mio que se independiza de esa función, que no sólo busca explicar y prever, sino captar la unidad de la idea y la significación en el Valor? Hay aquí, me parece, otro modo de pensamiento, que no logro aún definir, porque ello me supone un gran esfuerzo de reflexión sobre mi propio pensamiento, pero que creo ha de corresponder a la esencia misma de la metafísica.

Le ruego que perdone toda esta pedantería, tan poco epistolar. Comencé a escribirle el 21 de Marzo y estamos a 29. Las noticias que le doy al principio están ya bastante añejas, Marta se levantó, el niño aumentó medio kilo de peso y hasta cayó una lluvia.

Estoy lleno de escrúpulos por las dimensiones que ha adquirido esta carta. Pienso que el correo aéreo no se ha hecho para la correspondencia filosófica, sino para noticias importantes, comunicación de resoluciones prácticas, etc., y que en general está destinado a la transmisión de lo fáctico más que de lo eidético.

Además, relejendo mi carta, observo que he partido de la consideración de sus pensamientos para terminar desarrollando los míos, es decir, según mi costumbre, desviando el agua hacia mi molino, como Ud. diría. Mi única disculpa es que lo he hecho espontáneamente, casi sin darme cuenta, y espero que Ud. habrá de perdonarme al reconocer que la tendencia a pasar de lo ajeno a lo propio, incorporando a veces en lo propio algo o mucho de lo ajeno, es uno de los más seguros indicios de una auténtica vocación filosófica.

Espero mucho de su amistad en estos trances del parte metafísico.

Una vez más, habrá Ud. de apreciar la justeza de la clásica metáfora que aproxima la labor del filósofo a una "mayéutica".

¿Como se siente René en ese mundo polar, tan ajeno a nuestros ambientes latinos?. Déle muchos recuerdos míos y de Marta, y Ud. reciba un cordial abrazo de su amigo

J. H. D. Ichevici

cont. 8/V/48.